

***Buenos Aires y las Provincias* de Laura Demaría.
Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2014**

Por Antonia Viu
Universidad Adolfo Ibáñez
antonia.viu@uai.cl

Buenos Aires ha sido el centro en torno del que ha girado la vida argentina, la organización nacional, la cultura, la riqueza. Alberdi decía: “no son dos partidos, son dos países; no son *unitarios* y *federales* son *Buenos Aires* y *las provincias*” (*Radiografía de la pampa*)

Este pasaje de Martínez Estrada señala una realidad discursiva que Laura Demaría identifica como la fractura que atraviesa muchos de los relatos espaciales con los que su libro trabaja: ensayos de interpretación nacional, ficción, textos etnográficos, antologías, poesía, crónicas, sociología e historiografía forman un archivo cultural en el que descubre la provincia como parte de los términos de una dicotomía histórica, pero también como el punto desde el cual volver a mirar la desproporción que desde allí se instala. La provincia no como lugar subalterno, sino como epistemología, herramienta crítica y política desde la cual pensar la producción del espacio argentino desde el siglo XIX hasta hoy, un mapa de “negociaciones de sentidos donde aceptar y visualizar la diferencia” (45).

¿Cómo leer el espacio que producen estos relatos sin preguntarse acerca de la escritura que posibilita tal reflexión? *Buenos Aires y las provincias* no se articula a partir de esquemas lineales. Más que desarmar relatos, lo que Demaría logra es angular textos, niveles de análisis y cartografías para construir una máquina de leer que se desplaza sin apegarse a cronologías, sino que instalándose en una zona a la que entra desde distintos puntos para activar sentidos y verlos interactuar en momentos precisos. Esto desde una mirada claramente situada y desde un andamiaje teórico-crítico (De Certau/Ricoeur, Derrida, Jens Andermann, Adrián Gorelik, Josefina Ludmer, Ricardo Piglia, etc.) que le permite



abordar las aristas más complejas de los problemas que su análisis enfrenta, "Mi provincia, como la isla urbana de Ludmer, trata de pensar nuevas formas ordenadoras de la realidad para salir de prácticas estancas de mirar y de leer, tales como el mito que coloca a Buenos Aires –hecha Argirópolis o convertida en metonimia de todo el país– como el mejor punto de observación para entender una cultura. Si durante tanto tiempo nos hemos quedado pegados a ese faro u observatorio que ha sido Buenos Aires, se debió a que nos acostumbramos a pensar la cultura desde un eje inmóvil, que le otorga a la ciudad la fijeza del centro, del poder y de la plaza" (37).

Desde la lectura móvil y estrábica que defiende el pasaje anterior, el texto va a superponer tres cartografías en la producción del espacio argentino: la de la fractura, la de la desproporción y la de la intersección. Se trata así de una indagación más arqueológica que histórica, ya que no busca orígenes ni construye narrativas estables, sino que desarticula lo geográfico en busca de los sentidos políticos y culturales que articulan lo argentino al tiempo que reterritorializa los debates que se construyen solo desde lo político en un sentido restringido. Si en el "mapa de la fractura" Demaría repasa el mito de las dos Argentinas y la división entre Buenos Aires y las provincias, particularmente en el ensayo de interpretación nacional, en el mapa de la desproporción recorre varios relatos espaciales que muestran los alcances de esa desproporción, dibujando entre líneas el "cuerpo exánime" que se recorta de la gran cabeza de Goliat que es Buenos Aires, tanto en la historiografía económica como en la narrativa del colonialismo interno y más tarde desde la izquierda

nacionalista. La desproporción sería así "el relato hegemónico que marca la producción del espacio en Argentina, no como una narrativa fija, sino como un relato que se va llenando con sentidos contingentes con cada nueva rearticulación política" (160).

Un ejemplo entre muchos que el texto entrega y que me permite graficar los sentidos que asume la desproporción en el análisis que Demaría propone y las tensiones que establecen entre sí en distintas narrativas es su lectura del Cordobazo de 1969 a partir de la Revista *Jerónimo* y frente a la narrativa que lo fija como acontecimiento en la historiografía nacional posterior. *Jerónimo* es una revista contemporánea a la revolución social que vive Córdoba a fines de los sesenta y que la explicó en su momento apelando a la narrativa del colonialismo interno por la centralización del poder de los recursos económicos y culturales en Buenos Aires bajo la dictadura de Onganía. Sin embargo, la izquierda nacionalista de los sesenta va a fijar el Cordobazo como el origen de la radicalización de una juventud más preocupada de terminar con las dependencias del exterior que con las del interior. Al leer la revolución desde el periodismo local y contemporáneo de *Jerónimo*, Demaría ve Córdoba como una caja de resonancia de todo el país ante los reclamos que Buenos Aires desestima, y el Cordobazo como parte de la historia urbana y de los procesos de industrialización locales. Su análisis activa así el relato del colonialismo interno no para verlo como una versión superada por la de la izquierda nacional, sino para demostrar que dicho relato aún opera como un espectro en un sentido derrideano, una narrativa a la que sigue invocándose en provincia para

explicar lo incompleto del proyecto modernizador.

Las dos primeras cartografías se suponen y se complementan: "Hay desproporción porque ha habido fractura y hay fractura porque hay desproporción" (62). El mapa de la intersección en tanto, su tercera cartografía y el tercer capítulo del libro, constituye una forma de superar la aporía que enfrenta los extremos –Buenos Aires y las provincias– desde un eje fijo. Se trata entonces de una lectura desviada, una lectura que siguiendo a Mary Louise Pratt se interesa por las intersecciones, las zonas de contacto, que problematiza la neutralidad implícita en los conceptos de viaje y de flujo para centrarse en el carácter político de los desplazamientos. En este apartado Demaría va a identificar dos movimientos centrales: el viaje al interior desde Buenos Aires y el viaje a Buenos Aires como migración interna. Ninguno de estos movimientos se intenta explicar desde un tipo de relato exclusivo y se socaban o complementan las visiones instaladas en la medida en que Demaría se aleja del viajero como foco del análisis para centrarse en la producción del espacio, desestabilizando los extremos origen-destino y sus sentidos asociados. En el primer caso va más allá del viaje al interior como la "vuelta al campo" que puede leerse desde el transtelurismo de David Viñas o desde el ruralismo de Graciela Montaldo y si los sentidos que identifica en el relato al interior desde Ambrosetti hasta Caparrós no se alejan demasiado del discurso etnográfico, sí se piensan desde lugares diferentes. De este modo, el interior será sinónimo de folclore, de nostalgia por los antepasados, manifestación de lo sublime, o permitirá una articulación postmoderna del viaje (Caparrós) que lejos de

borrar el discurso etnográfico sobre las provincias "lo reinscribe como resto" (241).

El segundo movimiento me parece muy ilustrativo del tipo de dispositivo de lectura que el texto construye y que resulta central en los desplazamientos epistemológicos que va a proponer, al movilizar una red de sentidos y evitando el espejismo de la bidimensionalidad en que caen las narrativas que han fijado los extremos que Demaría busca desestabilizar. Desde una genealogía deliberadamente arbitraria, que no pretende ser exhaustiva, el análisis incorpora relatos provenientes de la sociología, la narrativa de ficción y la microetnografía entre otros. Allí destaca el viaje del "cabecita negra" y su sentido para el peronismo en los cuarenta, recuperado desde la sociología científica de los cincuenta y sesenta como fuerza obrera movilizadora por Perón que resulta un anacronismo en la moderna Buenos Aires. Esta mirada contrasta con la que se advierte en el relato "Cabecita negra" de Germán Rozenmacher de principios de los sesenta que según Piglia y otros críticos podría perfectamente entenderse como una relectura irónica de "Casa tomada" de Cortázar, en la medida que asume el punto de vista del "invasor" optando por no mediatizarlo. El relato espectro que queda apenas sugerido en ese cuento es el que se enuncia desde la voz de una migrante muy joven, borracha y sola, que desde la vereda grita: "Quiero ir a casa, mamá". Convive con estos relatos sobre el migrante interno el que construye la microetnografía a fines de los sesenta advirtiendo las tensiones en los procesos modernizadores, pero sin desestabilizar la imagen de Buenos Aires como único espacio del progreso moderno. Pensadores

como Juan José Hernández Arregui en 1960, en tanto, lo recuperará como sujeto de cambio político, revalorizándolo desde una mirada nacionalista “como antídoto frente a los nuevos relatos imperialistas”, mientras que novelas como *Villa miseria también es América* de Verbitsky en 1957 lo ven como un sujeto que se niega a ser nombrado por el paternalismo peronista.

Dentro de este segundo movimiento en la cartografía de la intersección, Demaría propone estudiar al “viajero intelectual”: “El intelectual provinciano es, en realidad, un ‘viajero inmóvil’ porque el traslado a la capital significa ubicarse o posicionarse dentro de la ‘ciudad letrada’ que ya considera como propia” (343). Pero más allá de su sentido como migrante es interesante considerar las operaciones que este desplazamiento le supone como intelectual al convertirlo en un mediador de la provincia que deberá decidir reinscribirla como color local o sustraerse de ese esquema. Aquí es vital la figura del poeta Carlos Mastronadi y su reflexión acerca de la especificidad de la mirada forastera para la pregunta que articulará la propuesta de Demaría en el cuarto capítulo, el forastero como otra manera de leer al provinciano y de reterritorializar su estética como intelectual migrante.

Si en el mapa de la intersección no se llega a articular todavía la provincia como epistemología, a partir del concepto de forastero se abre la posibilidad de pensar lo que Demaría llama “escribir *en* provincia”. Para ello serán muy importantes los conceptos de “zona” de Juan José Saer y de “*aacento*” de César Aira. “... ‘la escritura *en* provincia’ se sale de la referencia al color local, del binarismo y se abre a la ‘zona’ que,

como se lee en Saer, es una inscripción, una máquina de narrar donde los gestos, los textos, las tonadas, las prácticas culturales, se dispersan y acontecen como espectros de una escritura que se vuelve ‘estar’, lugar de enunciación que articula un tiempo condensado y no sucesivo” (426). Muchos autores pueden leerse al menos parcialmente desde esta escritura *en* provincia –Saer, Aira, Di Benedetto, Gandolfo, entre muchos otros– y la ficción parece alcanzar aquí un lugar privilegiado que no tiene en otras secciones del libro. Estos autores forjarían un lugar enunciativo fuera del logos binario y de la subalternidad de la derrota que se construye desde cartografías anteriores. La escritura *en* provincia “no es una cuestión de geografías, es un dispositivo, un modo de mirar, leer y escribir que inscribe aperturas en el archivo” (493).

Así, si un libro es siempre varios libros, *Buenos Aires y las provincias* es deliberadamente múltiple según los itinerarios que el lector siga, un dispositivo para leer desmontable de su proyecto inmediato y que se abre a nuevas imbricaciones como las que posibilita una lectura desde otros archivos culturales o desde otros contextos. Leído desde Chile, hace pensar en la necesidad de desestabilizar la centralidad de Santiago no solo en las narrativas pasadas sino en las más recientes, pensarnos como nación-provincia cultural en distintas articulaciones históricas al interior de la región, o visibilizar los pasajes, confluencias y fronteras entre provincias vistas más allá del paradigma de la nación. Pero quizás antes de cualquiera de estas posibilidades, surge la necesidad urgente de reterritorializar la literatura chilena, de volver a mirar las opciones de tantos escritores e intelectuales que llegaron

a Santiago y debieron narrar sus provincias desde comienzos del siglo XX. ¿Cómo volver a mirar el criollismo desde esta perspectiva? ¿Cómo leer a Mistral, Neruda, Óscar Castro, Marta Brunet...? ¿Cómo entender los desplazamientos que narran relatos actuales como los de Cinthya Rinsky desde la "escritura en provincia" no como origen sino como epistemología? ¿Desde qué otros archivos culturales abordar esta reflexión?

Otra posible imbricación en la producción del espacio que el texto de Demaría me sugiere también tiene que ver con leer desde Chile, pero esta vez desde un lugar personal. Si la enuncio aquí es porque también habla de pasajes entre provincias y porque tiene que ver con un itinerario parcialmente compartido con Laura: Washington University in St.

Louis. A mediados de los noventa, un grupo de estudiantes latinoamericanos llegamos a una universidad del *Midwest* cuyo nombre remitía a aspiraciones metropolitanas y que a varios de nosotros, del cono sur, a primera vista no nos parecía el *Midwest* sino Estados Unidos sin más. De esos estudiantes, salvo por mí pienso ahora, todos venían de provincia (Valdivia, Valparaíso, Córdoba) confluyendo en el espacio de la academia norteamericana desde la que muchos de ellos aún escriben. Creo que ese grupo, como muchos otros grupos latinoamericanos por distintas razones y por particulares desplazamientos, articuló una comunidad dentro y fuera de ese espacio, de lo cronológico e incluso de lo académico, un "espacio entre" más allá de las dicotomías y que resuena de muchas maneras en *Buenos Aires y las provincias*.

